

Sheridan Le Fanu



El Familiar

Uno de los últimos escritores de *gothic stories* —auténtico punto de partida de la literatura fantástica como género propio— y quizá, el más genuino representante de sus sucesoras las *ghost stories* fue, sin duda alguna, el notable escritor irlandés **Sheridan Le Fanu** (1814-1873), una de las cimas indiscutibles de la literatura terrorífica de todos los tiempos.

Sus relatos *Carmilla*, *Sholken el pintor*, *El fantasma de Madam Crawl*, *El misterioso Tío Silas*, y los dos incluidos en esta edición, *Té Verde* y *El Familiar* han sido recogidos en casi todas las antologías de cuentos de miedo y constituyen pequeñas obras maestras que merecen —como dice R. Llopis— «salir del *ghetto* cultural en que se halla la literatura terrorífica en general».

*Prólogo**Té Verde*

Martin Hesselius
Médico alemán

Aun habiendo hecho serios estudios de Medicina y Cirugía, jamás he ejercido ninguna de estas dos ciencias, si bien ambas me siguen interesando profundamente. He de añadir, además, que no fueron ni la pereza ni el capricho las que me empujaron a abandonar la honorable profesión en la cual acababa de iniciarme, sino más bien un ligero rasguño que me hice con un escalpelo. Esta veleidad me costó la pérdida de dos dedos, que me fueron prontamente amputados: lo más penoso, también, es que desde entonces nunca he terminado de encontrarme bien del todo, lo cual me obliga a que raramente pueda residir más de doce meses seguidos en el mismo lugar.

En el curso de mis desplazamientos trabé conocimiento con el doctor Martin Hesselius, tan viajero como yo, y, lo mismo que yo, también médico y lleno de entusiasmo por su profesión. Pero sus viajes eran voluntarios y, aunque él no fuera un hombre de fortuna, en el sentido que entendemos en Inglaterra, al menos disfrutaba de eso que nuestros ancestros acostumbraban llamar una «modesta ayuda». Era un anciano, casi treinta y cinco años mayor que yo, cuando le vi por vez primera.

En Martin Hesselius encontré un maestro. Su saber era inmenso; su diagnóstico, una verdadera intuición. Era desde luego el hombre capaz de inspirar respeto y admiración a un joven exaltado como yo. Y mi admiración ha resistido a la prueba del tiempo y ha sobrevivido a esta separación que es la dura consecuencia de la muerte. Estoy seguro de que está bien fundada.

Durante cerca de veinte años he representado a su lado el rol de secretario. Gracias a mis cuidados, Hesselius ha dejado una inmensa colección de documentos a fin de que los clasifique, los provea de un índice y los conjunte en volúmenes. La manera en que él ha tratado algunos casos que investigó es curiosa. Los describe desde dos puntos de vista distintos. Informa, primero, de lo que ha visto y oído, como podría hacerlo un profano; y, a continuación, una vez que ha tenido la suerte de hacer que su enfermo se franquee, atrayéndolo al umbral de su gabinete, le conduce hasta la luz del día o bien hasta el umbral de las tinieblas, abandonándole en la linde de las cavernas de la muerte; una vez, digo, ha llegado a este punto, reemprende su relato y, haciendo uso de la terminología de su arte, con toda la fuerza y originalidad del genio, asume el deber de analizar, de diagnosticar y de explicar.

De entre todas sus notas, un caso me ha llamado la atención por su especial naturaleza de divertir u horrorizar al lector profano, para quien puede representar un interés diferente al particular interés que pudiera tener para un especialista. Con unas ligeras modificaciones, sobre todo en lo que concierne al lenguaje, y, desde luego, cambiando los nombres, transcribo el caso siguiente. El narrador es el propio doctor Martin Hesselius. Este caso lo he encontrado entre las voluminosas notas que él tomara en el curso de un viaje a Inglaterra, hace ya alrededor de sesenta y cuatro años.

Este caso está relatado en una serie de cartas dirigidas por el doctor a su amigo el profesor Van Loo de Leyde. El

profesor, que no era médico sino químico, era un hombre cuyas lecturas favoritas consistían en obras de Historia, de Metafísica o de Medicina y que, en otro tiempo, había escrito una obra de teatro.

Estas cartas, según una ficha que llevan adjunta, parecen haber sido devueltas al doctor Hesselius a la muerte del profesor, en 1819. Algunas están escritas en inglés, otras, en francés, pero la mayor parte, en alemán. Soy un traductor fiel, aunque, de ello, me doy cuenta, totalmente desprovisto de gracia; aparte de haber omitido algunos pasajes y de haber abreviado algunos otros, no he añadido nada.

*Té Verde**Sheridan Le Fanu*

I

El doctor Hesselius narra como conoció al Reverendo Jennings

El reverendo Jennings es alto y delgado. De media edad, se viste con el rebuscamiento y la elegancia desusada de los eclesiásticos de la *High Church*. Aunque de porte poco majestuoso, no puede decirse que sea un hombre estirado. Sus rasgos, sin ser hermosos, son regulares y tienen una expresión acogedora y tímida a la vez.

Le fui presentado una tarde en casa de Lady Mary Heyduke. La modestia y afabilidad de su trato predisponen en extremo a su favor.

Eramos poco numerosos y él se mezcló agradablemente en la conversación. En seguida me pareció que le gustaba más escuchar que formular su opinión, lo cual dice mucho de su refinada educación. Lady Mary, que tiene al reverendo en gran estima, parece que le consulta sobre numerosas cosas, pues le cree el hombre más feliz y favorecido de la tierra. Ella le conoce muy mal.

El reverendo Jennings es soltero y posee, dicen, sesenta mil libras en fondos del Estado. Su mayor deseo es entregarse activamente a su santo ministerio y, sin embargo, al decir de Lady Mary, aunque goza de buena salud por todas

partes, en cuanto regresa a su presbiterio en el condado de Warwick, para asumir los deberes propios de su sagrado cargo, la salud le abandona pronto y de la forma más extraña.

Por lo general, la salud del reverendo Jennings se pone a declinar de un modo tan brusco como misterioso, y tanto es así que a veces le ha ocurrido en el mismo momento en que está oficiando en su vieja y bonita iglesia de Kenlis. Esto proviene quizá del corazón o, quizá, del cerebro. Tres o cuatro veces, o más aún, el reverendo Jennings, después de haber comenzado el servicio religioso, se interrumpe en seco y, al cabo de un silencio, aparece como incapaz de continuar; entonces se pone a orar en silencio, solitariamente, con los ojos elevados al cielo, tras lo cual, pálido como la muerte y sacudido por una vergüenza y un horror extraños, desciende del púlpito y, lleno de temblores, se precipita a la sacristía abandonando a sus ovejas a la propia suerte, sin explicación alguna. Esto se produjo una vez, cuando su vicario estaba ausente.

Ahora, cuando el reverendo Jennings vuelve a Kenlis, toma siempre la precaución de hacerse acompañar por un colega a fin de poder ser reemplazado inmediatamente en caso de que le sobrevenga esa especie de incapacidad.

Cuando Mr. Jennings cae enfermo, batiéndose en retirada, abandona su presbiterio y vuelve a Londres, donde habita en una casa muy exigua en sombría callejuela próxima a Picadilly. Lady Mary siempre dice que él se encuentra bien. Yo tengo respecto a esto mi opinión personal. En toda indisposición hay siempre unos grados. Pero volveremos a hablar de esto más adelante.

Mr. Jennings es un hombre absolutamente bien educado. Y, sin embargo, en él, hay algo insólito que le hace dar una impresión un poco ambigua. Un detalle en su comportamiento contribuye ciertamente a crear esta impresión. A mí me parece que la gente no repara en este detalle o, quizás, hasta se les escapa. Yo lo observé casi inmediatamen-

te: Mr. Jennings tiene una especial forma de mirar oblicuamente la superficie de la alfombra, como si sus ojos siguieran los movimientos de alguna cosa. Desde luego, no siempre mira así; esto sólo le sucede de vez en cuando. Pero lo bastante frecuentemente para dar una impresión, como ya he dicho, un poco extraña a su comportamiento; y en esa mirada furtiva que recorre el suelo, hay algo a la vez tímido y ansioso.

Un filósofo de la Medicina, como usted tiene la bondad de llamarme, que ha elaborado unas teorías basándose sobre unos casos que él mismo ha descubierto, observado y escrutado, con más placer y, en consecuencia, con infinitamente más minuciosidad que la que hubiera podido permitirse un practicante ordinario, adquiere insensiblemente unos hábitos de observación que le acompañan por todas partes donde vaya y que se ejercen, como sin duda dicen algunas personas, con impertinencia sobre todos los temas que ofrezcan la menor apariencia de poder recompensar su atención.

Una promesa de este género yo hallé en el caballero delgado, tímido, afable, pero reservado, que encontré por primera vez en aquella pequeña y encantadora velada. He hecho sobre él, por supuesto, un número mucho mayor de observaciones que no reproduciré aquí; reservo todo lo que concierne a la práctica médica para una combinación estrictamente científica.

Permítame señalar, de paso, que cuando hablo aquí de ciencia médica es en el sentido que espero sea un día comprendida, en un sentido mucho más vasto que aquel que se desprende de la concepción materialista que por lo general hoy se emplea. Creo que el mundo natural, por entero, no es más que la última expresión de ese mundo espiritual donde, y donde sólo, se encuentra la vida. Creo que el hombre, en su esencia, es un espíritu, y que el espíritu es una sustancia organizada, pero también diferente, en cuanto a su materia, de eso que se entiende de ordinario por

ahí, como la luz y la electricidad; yo creo que el cuerpo material es, en el sentido más literal, un vestido, y la muerte, en consecuencia, no en absoluto una interrupción de la existencia del hombre vivo sino, simplemente, el sinceramiento de éste en su cuerpo natural, operación que comienza en ese momento que llamamos muerte y cuyo término, algunos días después a todo lo más, es la resurrección «en potencia».

La persona que considere las consecuencias de estos asertos, verá probablemente el gran alcance práctico que pueden tener para la ciencia médica. No es éste, sin embargo, el lugar donde exponer las pruebas y discutir las consecuencias de este estado de cosas generalmente no reconocido.

Siguiendo mi costumbre, observaba pues a Mr. Jennings con disimulo y con la mayor discreción —aunque creo que él lo advirtió— y me di cuenta de que él me observaba tan discretamente como yo a él. Lady Mary, habiéndome por azar llamado doctor, hizo que yo me fijara cómo el reverendo, tras haberme lanzado una mirada más penetrante, permanecía pensativo durante unos minutos.

A continuación, y como quiera que yo conversara con alguien al otro extremo de la habitación, advertí que me miraba con más seguridad y con un interés cuya naturaleza creí comprender. Luego le vi cómo aprovechaba una ocasión para cambiar algunas palabras con Lady Mary y tuve, como me ocurre siempre, la perfecta seguridad de ser yo el objeto de su conversación.

El eclesiástico se acercó pronto a mí y, al cabo de un poco, ligamos la conversación. Cuando dos personas que aman la lectura, que conocen la literatura y, habiendo viajado, desean conversar, sería bien extraordinario que no pudieran encontrar un tema de charla. No era azar lo que le llevaba a mi lado para hacerme hablar. Jennings sabía alemán y había leído mis *Ensayos sobre la Medicina Metafísica*, donde más cosas son sugeridas que dichas realmente.

Este hombre cortés, dulce y tímido, manifiestamente inclinado a la reflexión y cultivado, aunque se moviera entre nosotros y nos hablara, no era uno de los nuestros; en seguida sospeché que llevaba una vida cuyos acontecimientos y cuyas lágrimas eran cuidadosamente mantenidos secretos, no solamente para la gente, sino también para sus amigos más queridos; en seguida también, adiviné que consideraba prudentemente, para sus adentros, la idea de hacer cierta gestión cerca de mí.

Penetré en sus pensamientos sin que él lo advirtiera y tuve el cuidado de no decir nada que pudiera descubrir a su vigilancia cautelosa las sospechas que yo tenía sobre su situación o mis suposiciones respecto a sus proyectos para conmigo.

—Doctor Hesselius —me dijo finalmente, después de que hubimos charlado un rato sobre unas cosas y otras—, yo llegué a sentir un gran interés por algunos de sus artículos sobre lo que usted llama la *Medicina Metafísica*... Yo los he leído en alemán, hace diez o doce años. ¿Han sido traducidos?

—No, creo que no, pues de lo contrario lo hubiera sabido. Imagino que hubieran pedido mi autorización.

—Hace unos meses le rogué a mi librero que me procurase la obra en el texto alemán original, pero parece ser que está agotada.

—Así es, en efecto, y ya desde hace algunos años; pero yo me siento halagado, como autor, de ver que usted no ha olvidado mi librito. Y aunque sea un plazo considerable —añadí riendo—, estos diez años, imagino que el tema de mi libro debe rondar en el espíritu de usted por algún acontecimiento que le haya sucedido últimamente y haya reavivado su interés por mi obra.

Al oír esta observación, que yo acompañé de una mirada inquisitiva, Mr. Jennings se turbó repentinamente, quedándose tan embarazado como pudiera estarlo un joven que acaba de decir una tontería que le hace enrojecer y tar-

tamudear. Bajó los ojos y cruzó las manos, con aire apenado, y su rostro adquirió, durante un momento, una expresión extraña, hasta culpable, podría decir.

Le ayudé a dominar su turbación de la mejor forma, es decir, afectando no haber reparado en ella, y casi sin transición, añadí:

—A mí también me sucede a veces encontrar interés en un tema cualquiera; un libro llama a otro y esto me lleva en ocasiones a quiméricas búsquedas al cabo de un intervalo de veinte años. Pero si usted desea aún un ejemplar de mi libro, yo seré muy feliz proporcionárselo. Tengo dos o tres en mi casa y, si usted me permite ofrecerle uno, me sentiré muy honrado.

—Es usted verdaderamente muy bueno —dijo al cabo de un instante, de nuevo a sus anchas—. Yo desesperaba casi... No sé cómo darle las gracias.

—No hablemos más de ello, se lo suplico; ese opúsculo es de tan poco valor que verdaderamente estoy confundido por haberme atrevido a ofrecérselo y, si usted sigue agradeciéndomelo, creo que no tendré más remedio que arrojarlo al fuego en un acceso de modestia.

Mr. Jennings se echó a reír. Me preguntó dónde vivía en Londres y, tras haber conversado un poco más sobre diversos temas, se marchó.

II

*El doctor Hesselius
interroga a Lady Mary y ella responde*

—Lady Mary —dije en cuanto él hubo partido—, su eclesiástico me gusta mucho. Ha leído, ha viajado, reflexiona y creo que ha sufrido también; debe ser un compañero perfecto.

—Lo es, efectivamente, y, más aún, es un hombre verdaderamente bueno. Los consejos que él me prodiga respecto a mis escuelas y a todas mis pequeñas actividades de Dawlbridge no tienen precio. Y además, es tan galante, se toma tantas molestias, usted no puede saberlo, cada vez que él piensa que puede hacer un favor. Tiene tan buen carácter como buen sentido.

—Qué placer oír halagar sus cualidades y su sociabilidad. En cuanto a mí, no puedo más que atestiguar que es un compañero agradable y encantador. Y creo —añadí— que podría agregar además dos o tres cosas a lo que usted acaba de decirme.

—¿De veras?

—Sí. En primer lugar, él no está casado.

—Es cierto... ¿Y después?

—Escribe o, más bien, *ha escrito*; empero, desde hace dos o tres años, quizás, ha interrumpido su trabajo. Y su libro trata de un tema más bien abstracto, tal vez de teología.

—Sí, es como usted dice: escribía un libro. No estoy muy segura del tema, pero tengo la certeza de que debe tratarse de algo que me puede interesar. Y verdaderamente tiene usted razón, porque, desde luego, no ha continuado su trabajo.

—Y otra cosa más, Lady Mary. Al reverendo Jennings, si bien esta noche no ha bebido más que un poco de café, le gusta el té o, al menos, le ha gustado hasta la locura.

—Sí, todo eso es exacto.

—¿Verdad? —proseguí—. ¿Bebía mucho té verde?

—¡Vaya! Esto es muy curioso. El té verde era una cosa sobre la que casi disputábamos.

—Y sin embargo ha renunciado completamente a él —dije.

—Exacto.

—Y ahora, otra cosa. ¿Ha conocido usted a su padre o a su madre?

—Los conocí a los dos —dijo Lady Mary—. Hace unos diez años que su padre murió en su casa, cerca de Dowlbridge. Sí, los conocía bien.

—Y —dije—, uno de sus mayores, sea el padre, sea la madre, aunque me inclino a creer que fuera el padre, vio un fantasma.

—¡Pero doctor Hesselius! Es usted un verdadero brujo.

—Brujo o no, respóndame alegremente. ¿No he adivinado?

—Desde luego, sí. Y se trataba efectivamente de su padre. Era un hombre silencioso y fantástico que tenía la costumbre de dar la lata a mi padre con el relato de sus sueños. Un día le contó una historia respecto a un fantasma que había visto y con el cual había hablado; era una historia muy extraña. Esto ocurría mucho antes de su muerte, cuando yo era una niña. Pero, repito, era un hombre de aire silencioso y melancólico. A veces, aparecía, al crepúsculo, cuando yo estaba sola en el salón y me daba en imaginar que había unos fantasmas a su alrededor.

Hice una seña afirmativa con la cabeza, sonriendo.

—Y ahora que ya he establecido mi reputación de brujo —dije—, creo que será menester que me marche.

—¿Pero cómo ha *podido* usted saber todo esto?

—Por los astros, desde luego —le dije—, como los gitanos.

Y nos separamos alegremente.

Al día siguiente, de mañana, envié a Mr. Jennings, con unas líneas, el librito del cual me había hablado y, ya avanzada la tarde, al volver a mi casa, supe que había pasado a verme y dejado una tarjeta. Había preguntado si yo estaba allí y a qué hora le sería más fácil encontrarme.

¿Tenía la intención de exponerme su caso y consultarme, según la expresión al uso, «profesionalmente»? Yo lo deseaba. Tenía elaborada una teoría a este respecto. La había establecido por las respuestas de Lady Mary a mis últimas preguntas. Me gustaría mucho recibir la confirmación

de sus propios labios. ¿Pero en qué medida las reglas del saber vivir me autorizan a comprometerle a confesarse? Evidentemente, tales reglas no me autorizan en absoluto. Pero estoy inclinado a pensar que el reverendo piensa abrirme su corazón. De todas formas, mi querido Van Loo, yo no me haré inabordable; me propongo, mañana, devolverle su visita. Esto no será más que la estricta cortesía de responder a su delicadeza yéndole a ver yo mismo. ¿Saldrá algo de esta entrevista? Salga mucho o poco, nada o todo, tenga la seguridad, mi querido Van Loo, de que se lo haré saber.

III

*El doctor Hesselius
descubre algo en unos gruesos libros latinos*

Pues bien, fui a Blank Street.

El criado, a la pregunta que le hice, me respondió que Mr. Jennings estaba muy ocupado con un eclesiástico venido de Kenlis, su parroquia. Queriendo guardar mi ventaja, me contenté con decirle al criado que volvería a pasar y, cuando ya daba media vuelta para irme, me preguntó, excusándose y mirándome con más atención de la que se estilaba en las personas de su clase, si yo era el doctor Hesselius. Al enterarse de que desde luego era yo, me dijo:

—En ese caso, señor, tal vez me permita usted informar a Mr. Jennings de su visita, pues estoy seguro de que él desea verle a usted.

El fámulo reapareció al cabo de un instante y me rogó de parte de Mr. Jennings que pasara al gabinete de éste, donde se reuniría conmigo dentro de unos minutos.

Era aquel, verdaderamente, un gabinete de trabajo, casi una biblioteca. La estancia era alta de techo, con dos grandes y estrechas ventanas con bellas cortinas de color oscuro. Era mucho más vasta de lo que me había parecido al principio y estaba guarnecida de libros por todas partes, desde el suelo al techo. La alfombra de encima —pues sentí que había dos o tres bajo mis pies— era de Turquía. Mis pasos no hacían ningún ruido. Las estanterías cargadas de libros, sobresalían alrededor de las estrechas y profundas ventanas. La habitación, aunque confortable e incluso lujosa, producía una impresión decididamente lúgubre y, ayudada por el silencio, casi sofocante. Sin duda, empero, en mi espíritu debió de hacerse una asociación de ideas. En mi ánimo, en efecto, yo había unido a Mr. Jennings a unas nociones singulares. Avancé en esa habitación silenciosa de una casa más silenciosa todavía con un extraño presentiti-